



# POR UN NUEVO INTERNACIONALISMO

*Raimon OBIOLS*

**El tema de la primera sesión de trabajo del Seminario es, «Gobernabilidad, partidos políticos y participación ciudadana». Permítanme introducir el tema haciendo un comentario sobre el propio título de esta sesión de trabajo. Constató que la expresión «gobernabilidad» —no la expresión «gobierno», ni las expresiones «política» o «políticas de gobiernos»— se ha puesto de moda, si me permiten estos términos. Y ello no es fruto de la casualidad. Que se multipliquen seminarios y debates sobre la cuestión de la gobernabilidad quiere decir que se está discutiendo de hecho, para decirlo de una forma brutal, si se puede o no se puede gobernar.**

**S** Se ha convertido ya en un tópico hablar de que existe una crisis de la política y una crisis de la gobernabilidad en el marco de los Estados-Nación. De ello, se habla además

con preocupación en todas partes, pero muy específicamente en América Latina. Nos alegramos de que la democracia se haya expandido, pero nos inquietan las dificultades para hacer funcionar



la democracia, y, en consecuencia, en todas partes oímos expresiones como «crisis de la política», «crisis de la forma partido», «crisis de los partidos políticos», «crisis de participación», «crisis de legitimidad», «crisis de eficacia».

Ilustraré lo anterior con un ejemplo. En septiembre de 1996 se celebró en Santiago de Chile un seminario sobre «Gobernabilidad», y un representante del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo dio a conocer los resultados de una encuesta celebrada en 1996 en diecisiete países latinoamericanos. A la pregunta «¿A quién cree usted más?», un 36% respondió que a los maestros y profesores; un 30%, a los noticiarios de la televisión y a los representantes de las iglesias; un 12% a las Fuerzas Armadas; sólo un 2% a los partidos políticos, y otro 2% a los parlamentos. El Poder Judicial obtuvo un 3% de credibilidad, y los ejecutivos, un 4%. Estos datos son tal vez la forma más gráfica e impactante de señalar la existencia de una gran cuestión democrática, precisamente la que venimos denominando «crisis de los partidos, de la política, de los parlamentos». De momento esta sensación de vivir en una situación «crítica» se mantiene bajo una hegemonía de la idea democrática, porque un 62% de los entrevistados en la citada encuesta señalaban su respaldo a la democracia. En cualquier caso, el conjunto de los resultados de la en-

---

***Cuando hay inseguridad  
en el futuro, baja  
exponencialmente la  
credibilidad de los partidos.***

---

cuesta plantea retos muy importantes, e incluso dramáticos. Por lo que respecta a Europa, las tendencias son análogas. En Europa los pueblos tienden a hacer caer gobiernos, como hemos visto en las últimas elecciones, por razones que algo tienen que ver con el escepticismo ciudadano manifestado en la encuesta latinoamericana.

Ante esto, creo que la cuestión a resolver debe ser la siguiente: ¿Estamos ante una crisis de la política, o bien estamos ante un cansancio de las opiniones públicas frente a los efectos de determinadas políticas o de ciertos comportamientos de los políticos? Pienso que los socialistas vamos a ser valorados también por nuestra capacidad para interpretar qué es lo que está sucediendo en el mundo y para formular de forma modesta, y al mismo tiempo ambiciosa, un proyecto o unos proyectos que respondan al relato de lo que está sucediendo. La razón que explica en muy buena medida el comportamiento electoral en Gran Bretaña o en Francia en estos últimos tiempos ha sido la percepción, consciente o intuitiva, por parte de la opinión pública, de que hay elementos fundamentales de nuestra sociedad que no están funcionando. Vivimos una fase de crecimiento económico bajo. En los años sesenta la economía mundial creció al 5% anual; en los setenta creció al 3,6; en los ochenta al 2,8; en la primera mitad de los noventa al 2%. Las consecuencias inevitables son el paro y la distribución regresiva de las rentas. Recordemos que la Unión Europea tiene 18 millones de parados, el 12% de la población activa. Se nos dice que en Estados Unidos hay menos de la mitad de paro, y que además el PIB ha crecido un 36 % entre el 73 y el 95; en cambio, los salarios reales han bajado en un 14 o en un 15%. El 80% de todos los au-



mentos de ingresos en este periodo ha sido acaparado por el 20% de las rentas más altas. En Gran Bretaña, el número de pobres —la gente que estadísticamente percibe al cabo del mes menos de la mitad del salario medio— era de 5 millones cuando la señora Thatcher llegó al gobierno; es de 14 millones cuando los Laboristas llegan al gobierno. El 10% de las rentas más altas han visto subir su poder adquisitivo en un 65%; y el 10% de las rentas más bajas lo han visto disminuir en un 15%. Ante estas realidades —por no hablar de la creciente distancia entre la situación social de los países más desarrollados y la de los menos desarrollados—, una cuestión surge de modo recurrente: ¿Cómo no va a haber crisis de la política y crisis de los partidos?

### **La necesidad de recuperar un proyecto de futuro**

Por otra parte, dos décadas de experiencia neoliberal han traído consigo unos resultados sociales en el ámbito de la inseguridad. Buena parte de la crisis de la política tiene su origen en la inseguridad, ya que todos los partidos apoyan su legitimidad en la oferta de un proyecto de futuro. Cuando hay inseguridad en el futuro, baja exponencialmente la credibilidad de los partidos. Hablo de inseguridad física ante el incremento de la criminalidad y la delincuencia, pero también de inseguridad desde el punto de vista de imagen de futuro: la idea de que estamos asistiendo a una evolución hacia un mundo cada vez más implacable y más ingobernable, y de que hay, por decirlo así, un destino fatal hacia la competitividad y la competencia eternas, donde los más fuertes van a progresar y los más débiles van a quedarse atrás, o van a sucumbir. Estos fenómenos atentan

---

## ***Hay que concebir la globalización como un dato irreversible que tiene aspectos positivos.***

---

frontalmente al propio discurso democrático y muy específicamente al discurso progresista propio de las organizaciones de izquierda y de centro izquierda, que toman su fuerza simbólica y su eficacia política justamente de la capacidad para crear consenso sobre un proyecto de futuro.

Jarquín escribió un artículo en *El País* hace unos meses comentando la situación latinoamericana, y hacía referencia a estas cuestiones de una forma muy gráfica. «En América Latina», escribía Jarquín, «hay una gran cantidad de problemas sociales, hay déficit de todas clases; pero lo más preocupante es el déficit de esperanza, el déficit de proyecto de futuro. Quiero decir con ello que hay que tratar de concatenar una lectura lo más solvente posible de lo que está sucediendo y una afirmación de proyecto que pueda hacer frente a esta situación. Únicamente sobre esta base podemos pensar en una revitalización de la vida política y una revitalización de los partidos democráticos. Si estamos en la miopía o el estrabismo de lo inmediato y no tenemos esta visión o esta ambición de proyecto de futuro, entonces iremos mal.»

La consecuencia de esta posición sería la de proponer, como hipótesis de trabajo, que el objetivo de los partidos de izquierda y de centro izquierda para conseguir esta revitalización que trate



---

*Los seres humanos  
no son meros  
maximizadores de intereses  
personales.*

---

de superar la crisis actual debería situarse en un terreno intermedio entre las dos lecturas extremas del factor dominante de nuestro tiempo, que es el factor de la globalización de la economía. Cuando hablo de dos tendencias extremas me refiero, por un lado, al extremo del «futurismo ultraliberal duro» y, por otro, a la posición extrema de rechazo frontal al propio concepto de la globalización.

La cifra mágica 20/80 es la tesis avanzada reiteradamente por los teóricos extremistas neoliberales de la globalización, según la cual la combinación de globalización y de revolución tecnológica va a permitir que únicamente un 20% de la población mundial trabaje, y el 80% quede en situación de precariedad. Esta evolución sería implacablemente fatal. Según la futurología fatalista ultraliberal, el 20% que trabaja será el que «dé pecho, amamante y entretenga» al 80% restante.

En el otro extremo encontraríamos las reacciones neoluditas. En los albores del movimiento obrero, el ludismo y sus prácticas contra la mecanización y la industrialización fueron un error. Hoy en día cometeríamos un error semejante adoptando ciegas posturas contrarias a la globalización. El camino más adecuado debería consistir en concebir la globalización como un dato irreversible, que tiene aspectos positivos —como, por ejemplo, la propia expansión del

modo capitalista de producción por todo el mundo, con lo que esto conlleva de fenómeno dinámico—, y que plantea también unos riesgos enormes, a los que hay que hacer frente.

### **Los contenidos de un nuevo internacionalismo**

Únicamente con un relato general de esta naturaleza podemos encontrar una vía de solución a la crisis actual de la política y de los partidos políticos desde la perspectiva de la izquierda y del centro izquierda. Con un nuevo internacionalismo en el debate de las ideas y en el debate de las propuestas podemos superar esta crisis, porque los problemas son comunes. Este internacionalismo debiera orientarse en tres direcciones. Primera, afirmando, frente a toda la retórica extremista de la globalización, que hay un marco real de acción política y de gobierno en los límites del Estado-Nación. No es cierta la tesis de que la globalización implica un nuevo aliento a las alternativas ultraliberales, en el sentido de que refuerza la idea de que los gobiernos no tienen nada que hacer frente a la ineluctabilidad de los procesos de mundialización y frente a la ingobernabilidad del proceso de globalización de la economía y de los mercados. Por el contrario, sostengo que existe la posibilidad de una agenda concreta de acción de los gobiernos distinta a la del pasado, pero no por ello menos real. La segunda orientación de lo que doy en llamar nuevo internacionalismo consiste en proponer el objetivo de lograr una gobernabilidad internacional en el ámbito económico y político. Y tercera dirección: hemos de jugar decididamente la baza estratégica del «regionalismo abierto», es decir, de la constitución de procesos, como la Unión Europea o



MERCOSUR, que tiendan a la construcción de contrapesos políticos democráticos ante los fenómenos de internacionalización de los mercados financieros, de la tecnología o de gran parte del comercio de manufacturas y servicios.

Nuestras propuestas no deben estar inspiradas únicamente en el pragmatismo político. Debemos responder bien equipados en el terreno del pensamiento y de las ideas. Aprendamos de nuestros adversarios. Los neoliberales empezaron muy pronto su ofensiva teórica. Recordemos que Hayek y sus seguidores comenzaron a reunirse en 1947 en Suiza. Hicieron una larga travesía del desierto durante los denominados «treinta gloriosos», en los que la realidad refutaba sus tesis. Elaboraron un pensamiento fuerte y mantuvieron sus convicciones frente a lo que llamaban el colectivismo. Defendían un programa de máximos y desarrollaron un activismo ideológico radical.

La izquierda no irá a ninguna parte con un pragmatismo miope. Por tanto, junto a la reflexión sobre temas concretos, debemos crear un nuevo imaginario colectivo con mucha pedagogía y haciendo uso de las técnicas de la comu-

nicación. La izquierda tiende a entretenerse en la administración de la herencia de la tradición y del pasado, de sus símbolos e imaginario colectivo. Hemos de situarnos en el futuro, lo que significa elaborar proyectos y acumular capital simbólico, sentimiento y pasión alrededor de este proyecto. De lo contrario caeremos en el terreno de la derecha. En las teorías económicas y sociales en boga en nuestro tiempo, los seres humanos son vistos como rígidos maximizadores de estrechos intereses personales. Esta concepción no sólo es deprimente y desoladora, sino que no hay pruebas de que constituya una buena representación de la realidad. Es cierto que las personas están influidas por la percepción de sus intereses personales o los de sus familias, pero también por pasiones, es decir, por la preocupación por los demás y por la consideración de las ideas. Únicamente si sabemos explotar con eficacia el filón de las ideas y de las pasiones, podremos superar la grave crisis actual de la política democrática y de los partidos que la representan.

*Este texto se presentó  
en el Seminario «Democracia,  
Mercado y Gobernabilidad» celebrado  
en Costa Rica en 1997.*